

EN EL UMBRAL

M^a Carmen Gil del Pino
Profesora Dpto de Educación
Universidad de Córdoba
Enero/08

Publicado 28/12/07 en Diario Córdoba

Tiene la vida, la presurosa (casi alada) vida, sus refrescantes pausas. Sí. La veloz saeta concede tregua en ocasiones especiales: se estaciona mudamente, bellamente, y se sume en éxtasis. Como el agua, que hace un alto en la encrucijada y enseguida prosigue su curso milenario, que se eleva en los surtidores y luego cae en un desfallecimiento delicioso para volver a ascender. También la vida, que llega, pasa y se aleja –son éstos sus tres hechos cardinales–, permanece absorta en los momentos grandes, se levanta sobre sí misma con una gallardía suprema y estalla en sugestivas reverberaciones. Cruzan su curso advenimientos misteriosos que suspenden su actividad. En lugar de avanzar, el don tan sublime como fugitivo se aquieta con entera mansedumbre.

Quietud de la vida toda ante el nacimiento, ante la pubertad, ante el matrimonio, ante la muerte. Quietud también ante el progreso del ser humano. Quietud y ceremonia. En cualquier rincón del mundo. En cualquiera. El sollozo primero de la cuna, el despliegue del ser, el amor, las glorias, el último suspiro... rompen el cauce que guía el vivir. El valiosísimo tesoro explota de un golpe y todo se detiene. Todos se detienen. Los seres humanos del mundo entero, paralizados de asombro, vuelcan sus emociones, plácidas unas, prietas de dolor otras. Hablan con sus ojos, con sus manos, con sus nervios, con sus almas. ¡Cuántas cosas dicen! ¡Y con qué pasión las dicen! Con voluntad suprema de resolver los misterios elementales del existir –*de dónde venimos, hacia dónde vamos*–, aguzan su sensibilidad y realizan admirables ceremonias. Ritos de paso se les denomina en todas partes.

¡Mas qué extraños son los nuestros! ¡Qué complicados! Medidos con los de las sociedades tribales –en contacto íntimo, todavía, con la naturaleza–, nuestros ritos, los ritos de la sociedad occidental, son de otro género y condición. Si ponemos frente a frente los natalicios de las tribus y nuestros bautizos, sus ceremonias de inicio en prácticas sexuales –ritos de circuncisión– y las nuestras de inicio en prácticas religiosas –primeras comuniones–, si comparamos sus raptos de la novia, sus alianzas entre clanes con nuestras bodas, si contraponemos sus fiestas de prosperidad con nuestras celebraciones por obtención de grado académico, ascenso o cargo, podemos apreciar que se trata de cosas bien distintas. En los grupos prístinos los pasajeros son desposeídos de todo. No tienen ni estatus, ni bienes, ni insignias, ni ropas..., pues la igualdad es primordial. También el silencio. También la sencillez. Y hasta el sufrimiento. Porque sufren experiencias dolorosas dirigidas a destruir su estado precedente y a generar el nuevo, en la creencia de que en el dolor nos hacemos y en el placer nos gastamos.

¿Vemos estas características en los ritos de paso de nuestra cultura? Bien creo que no. El alarde, el alboroto, la pompa, el regocijo... se han apoderado de ellos. Y es que nosotros, hombres y mujeres de la sociedad neoliberal, cercados de dificultades, presintiendo acaso que no vamos a ninguna parte, que nuestros estados –el matrimonio, el trabajo, el cargo..., la vida toda, la muerte– son pura ilusión, nos instalamos en el umbral y le damos *corpus* de estancia. Lisa y llanamente, hacemos de la vida momentánea, del *aquí* y el *ahora*, de las puertas de la realidad... nuestro

apostento, y no nos brinca en las venas el natural anhelo de fluir. Como de tamaña mudanza nace una extrema desazón, hartamos nuestro apetito de deleite para embriagarla. Y en tan pobre ejercicio disipamos los días sin sosiego ni rumbo.